

afuera. Pero lo de afuera con potencia para pagar el elogio del criollo. Si hay una compañía naviera o aérea que nos halague con el cheque o con la franquicia, allá van los elogios, allá va el pedir para tales fuerzas privilegios y concesiones. Y tan funesta para la libertad de un pueblo resulta la actitud del que enmudece por desencanto, como la del que habla por la paga. Ambas fuerzas soplan hacia la absorción, hacia la muerte de la libertad.

Cuando sea preciso decir a las generaciones de ahora o de lo futuro que a la patria hay que servirla bien, que hay que cuidarla y mantenerse unido a sus cosas con devoción, pensemos en los costarricenses que no se han descastado. Ellos dan el ejemplo grande y debemos exaltarlos para producir el contraste. Los listos que se descastan para vivir comodamente, para no tener preocupaciones de ningún orden, deben recibir la condenación en todo

momento. Pensando así es que hemos dicho de don Emilio Artavia cosas que muchos dirán que mejor estarían confiadas a la epístola privada. Pero de estar viviendo de lo privado es que nos estamos volviendo tan menguados. Todo es privado entre nosotros. Del secreto nos nutrimos. Y es precisamente porque mientras las palabras pasen de oreja a oreja no hay responsabilidades. Y a la responsabilidad le tenemos horror. Para nosotros la conducta juiciosa es la que no nos enemista con nadie, la que nos deja saludar a buenos y a pícaros, la que nos da entrada a sitios públicos y privados. Cuando en realidad lo que debemos hacer es censurar, hablar para que todos oigan y nos exijan responsabilidades. Pensamos en el costarricense que puso su esfuerzo desinteresado por buscarnos en el exterior el libro que le encargáramos, y decimos de él que es un servidor grande de su país.

Juan del Camino

Cartago y noviembre del 31.

NOTA.—Estamos traduciendo para los lectores del *Rep. Am.* el ensayo de Thoreau acerca de la *Desobediencia civil*.

## Autoridad y poder, o el divino Maestro y el fariseo

=De *El Sol*, Madrid=

Hay cosas—«cosas», mejor que «asuntos»—a que hay que volver siempre. O mejor, que no se pueden dejar nunca. Y una de ellas es la que se llama religión del Estado, cosa distinta, como ya os he dicho, lectores, de la religión del Estado. Y ahora, a repetirme.

Como un día dijera en las Cortes actuales un diputado que la religión es un freno para las pasiones, fue recibida esta frase con fuertes murmullos y alguna interrupción por parte de la Cámara. Y es que, dicho así, escuetamente, fue entendido en su significación más trivial—de trivio o plazuela—, como si la religión fuese la católica apostólica romana de un pobre fraile que describe las calderas de Pedro Botero, una religión de policía de seguridad. Pero, tomada la religión, una cualquiera verdadera religión, en su hondo ser, el de un ideal trascendente que nos consuela de haber nacido dándonos una finalidad, una misión, para después de nuestra muerte, es claro que nos refrena de las malas pasiones. Y llevada a la política, hecha política la religión, nos refrena de la mala pasión política que es el apetito desordenado de poder. El mero político, el político irreligioso, el que no es más que un técnico de la política, el que todo lo endereza a apoderarse del Poder público, a mandar, éste ni es político en el noble, en el religioso sentido de esta palabra. Y es, en cambio, político el que no sacrifica la política al conseguimiento del Poder, y sabe que desde fuera de él se gobierna a un pueblo con autoridad. Que es más que poder.

¿Política? Política, ya lo sabemos, viene de «polis», ciudad. Y dejando para otra vez el explicaros la diferencia que siento

entre la política, de «polis», ciudad, y la cósmica, de «cosmos», mundo, paso a decir que la ciudad a que la política sentida y concebida y ejercida religiosamente se contrae es la que llamó San Agustín, el latino africano, la Ciudad de Dios, y la misma a que el Cristo llamaba el reino de Dios. La ciudad de Dios, esto es, la república de Dios, o el reino de Dios, que es lo mismo.

Y cuando Nicodemo, el fariseo, fue de noche y a hurtadillas a ver al Cristo buscando un maestro, éste, el divino Maestro, le dijo: «En verdad te digo que si alguien no naciese de nuevo no puede ver el reino de Dios.» Y el fariseo le preguntó cómo se puede renacer sin volver al seno materno, y Jesús respondió: «En verdad te digo que si no naciese uno de agua y de espíritu no puede entrar en el reino de Dios.» Y le habló luego de la voz del espíritu, porque el espíritu es palabra. ¡Pobre fariseo! Fariseo quería decir hombre separado,—separatista si queréis—, hombre de secta, de partido. Los fariseos eran, ante todo, sectarios, partidarios, con su disciplina, sus santos y señas y su liturgia. Y el pobre fariseo tardó en comprender lo de renacer de agua y de espíritu.

¡De agua! Lo que se habla aquí ahora de política hidráulica, de esa política que consiste en encauzar y almacenar agua, ya para saltos de ella que muevan turbinas, ya para embalsar pantanos de riego. Y esto lo comprende el fariseo. Como comprende que se encauce espíritu, opinión pública, para hacer saltos de ésta, de opinión pública, que mueva turbinas revolucionarias—lo que él, el fariseo, entiende por revolución—; pero no compren-

de tan bien que se embalse espíritu, que se remanse tradición, para regar con ésta a las almas sedientas de religiosidad. El fariseo, el hombre de partido, puso a Jesús, al maestro de autoridad, en manos de Pilatos, del pretor, del hombre de poder, para que lo crucificase y le titulase, en la cabecera de la cruz, rey, Rey del reino que no es de este mundo, rey de la Ciudad de Dios.

¡La ciudad de Dios! ¡El santo nombre de Dios! El 20 de abril de 1653, Oliverio Cromwell, el puritano, el político religioso, después de una violenta requisitoria contra el Parlamento, del que formaba parte, acabó diciéndole: «In the name of God..., go!» «¡En el nombre de Dios..., largo!» Y los largó de allí a los políticos irreligiosos, a los fariseos del poder, a los que no sabían refrenar el apetito de éste, de poder, a los que no querían o no podían saber lo que es un «gobernalle». Que en aquellos tiempos que eran de navegación a vela, el gobernante, el piloto, tenía que saber contar con el viento, que es soplo, que es espíritu y que, como le decía Jesús a Nicodemo, el Maestro al Fariseo: «El viento sopla donde quiere, y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va». Y ¿es que saben nuestros fariseos, nuestros hombres de partido, hacía dónde sopla el viento que les llevó a sus puestos? ¿Se dan siempre clara cuenta de los virajes de ese viento? ¿Es que se fían de la ventolera de un momento de agitación?

Bien está aprovecharse del salto de espíritu revolucionario; pero hay el pantano—pantano, sí, pero pantano vivo—de donde sale el riego para las almas sedientas de finalidad política y religiosa, de política religiosa, de religión política. Y ¡ay si el dique de ese espíritu remansado, embalsado, se rompe un día! Los fariseos, con su estrecha concepción sectaria y de partido, podrán no verlo; pero el cataclismo—cataclismo quiere decir inundación o diluvio—es inminente.

Ya sé que fariseo ha venido a tomar una significación distinta de la que aquí le damos; pero ésta es la auténtica, la aboriginaria. El fariseo se preocupa del poder, no de la autoridad; el fariseo quiere mandar—y explotar el mando—, no propiamente gobernar, y al fariseo suele llegara estorbarle la religión en la política. Y es que la suya no es propiamente política, no siendo religiosa.

Miguel de Unamuno

1931

Revista de Avance

Editores:

Francisco Ichaso, Félix Lizaso,  
Jorge Mañac y Juan Marinello.

Economía:

Número corriente .....	20 cts.
Número atrasado .....	40 cts.
Trimestre .....	60 cts.
Semestre .....	\$ 1.00
Un año .....	1.50

Apartado 2228 — La Habana, Cuba